

LA HERENCIA INMEREcida EN EL OLVIDO QUE SEREMOS DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

The Undeserved Heritage in El olvido que seremos
by Héctor Abad Faciolince

Andrés Pérez Sepúlveda

Universidad Simón Bolívar (USB)
Dpto. de Lengua y Literatura
Edif. de Estudios Generales, piso 3
Sartenejas, Caracas, Apartado 89000, Venezuela
Telf.: (58 212) 906 3880
andresepulveda@usb.ve

RESUMEN

Este artículo tiene el propósito de estudiar la novela *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince como un modo alternativo de explorar la identidad contraviniendo los discursos históricos oficiales. A través de los conceptos de memoria, herencia y afecto será posible rastrear los modos como se elabora una reflexión sobre la pertenencia familiar y nacional. El resultado será una narración contestataria, recelosa, punzante y cuestionadora que coloca bajo sospecha la visión unitaria de la nación, mostrando la fisura que en la sociedad colombiana ha generado la violencia.

Palabras clave: memoria, herencia, familia, nación, afecto, pertenencia

ABSTRACT

This article intends to approach Hector Abad Faciolince's novel *El olvido que seremos* (2006) as a distinctive model for the study of individual and collective identity. Memory, legacy and affection are seen as conceptual tools for the understanding of people's sense of national belonging. We focus on the need to search for a new, sharp and biting narrative necessary for questioning the official approach of a nation as a unitary entity, and for the understanding of the rift that political violence has created in Colombian society.

Keywords: memory, legacy, family, nation, affection, belonging

***L'héritage immérité dans El olvido que seremos
d'Héctor Abad Faciolince***

RÉSUMÉ

Cet article a pour but d'étudier le roman *El olvido que seremos* (2006), écrit par Héctor Abad Faciolince, comme une façon alternative d'explorer l'identité en contrevenant aux discours historiques officiels. À l'aide du concept de mémoire, d'héritage et d'affection, il sera possible de repérer la façon dont se développe une réflexion sur l'appartenance familiale et nationale. Comme résultat, l'on obtiendra une narration contestataire, méfiante, poignante et interrogatrice qui fait peser des soupçons sur la vision unitaire de la nation, tout en mettant en évidence la fissure entraînée par la violence dans la société colombienne.

Mots clés : mémoire, héritage, famille, nation, affection, appartenance

A herança indevida no romance *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince

RESUMO

Este artigo tem por intuito estudar o romance *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince como um modo alternativo para analisar a identidade contrária a os discursos históricos oficiais. Através dos conceitos de memória, herança e afeto, será possível estudar os modos como se elabora uma reflexão sobre a filiação familiar e nacional. O resultado será uma narração contestatária, insegura, pungente e questionadora que põe em causa a visão unitária da nação, mostrando a fissura que existe na sociedade colombiana, que ocasionou a violência.

Palavras chave: memória, herança, família, nação, afeto, filiação

Recibido: 25/02/14

Aceptado: 24/03/15

LA HERENCIA INMEREcida EN EL OLVIDO QUE SEREMOS DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

La rememoración es un gesto que intenta compensar el vacío que deja la pérdida y a partir del cual el sujeto del duelo se apropia a través de la herencia en un afán por (re)significar la muerte. La escritura forma parte de esa acción simbólica de restituir la figura del ausente, un intento por narrar y dar sentido al dolor no para justificarlo sino para orientarlo por otros derroteros. Reconocer que una herencia no está completa en sí misma hasta que el heredero no se hace cargo de su administración es lo que propone *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince: una herencia manejada desde la lógica de la culpa y el modelaje del comportamiento a través de la imagen paterna.

La apuesta por la reconciliación no implica una pasividad por parte del hijo que se ve impelido a reconstruir el asesinato del padre. Precisamente, es en la redención donde se afina la búsqueda del heredero por encontrar un campo fértil para dirimir las diferencias que ha producido la violencia en la nación colombiana. En realidad, el relato de Abad Faciolince constituye un gesto de intervención política que intenta evitar el olvido definitivo en medio de una sociedad tan propensa a la amnesia.

La relación que existe entre la muerte y el acto de heredar es intrínseca al mandato de perpetuar el nombre del padre; el deceso condiciona a los legatarios a darle un sentido a la ausencia del progenitor capaz de superar el hecho mismo de haber sido asesinado. Ser fiel a la imagen del padre constituye una de las funciones propias de heredar dado que el hijo adquiere una identidad en la medida que se asume como parte de un rastro que debe preservar. La responsabilidad del hijo hacia el padre está en su lealtad para con él y en responder por la deuda que supone la enseñanza recibida.

Como observa Rafael Castillo Zapata, en *La espiral incesante* (2010: 17), la primera condición para heredar es que haya un muerto:

La escena propicia y propiciatoria de la herencia es, por otra parte, la escena de la muerte: se hereda siempre de un muerto, se hereda de un ancestro, de un predecesor que se ausenta y deja vacante un lugar que debe ser llenado, de diversas formas, bajo diversas disposiciones ceremoniales y estilísticas, por los deudos, por los parientes que lo sobreviven, los que se duelen y se conduelen de su muerte y sus

conminados a dar continuidad y sucesión al desaparecido que pide su rescate conmemorativo.

En todo caso revelar el significado de esa muerte, su importancia y aprendizaje, es una de las misiones del legatario, su acción opera dentro de un campo hermenéutico. Incluso cabría la posibilidad de inventar una nueva manera de preservar el pasado y hacerlo público, llevarlo a la luz. En cualquiera de las acciones emprendidas el heredero preserva y continúa aquello que fue interrumpido por la muerte.

En *El olvido que seremos*, Abad Faciolince decide hablar en nombre del padre y, mediante ese gesto, contribuir a la preservación del recuerdo de su progenitor y alzarlo como imagen y testimonio de la historia de la violencia en Colombia.

La muerte siempre lleva a abrir cajones, revelar documentos, mostrar fotografías, reproducir grabaciones, hurgar el archivo que restituye una visión del ausente, de aquel cuya desaparición hace que hablemos en su nombre: “Una de las cosas más duras que tenemos que hacer cuando alguien muere, o cuando nos lo matan, es vaciar y revisar sus cajones...” (Abad Faciolince, 2006: 224). Esta frase de la novela pone en evidencia la tarea del heredero de confrontar el legado paterno, de abrirlo para leerlo y conocer sus secretos, esos datos sin prole, sueltos y sin ilación que constituyen “zonas de sombra” del archivo (p. 228). La lectura de la memoria material del padre permite que el hijo hable de su vida y su pasado, de los sucesos que hacen de su padre, Héctor Abad Gómez, un individuo ejemplar digno de ser emulado en medio de una sociedad carente de modelos que busquen soluciones definitivas a la violencia vivida en Colombia.

El narrador no proporciona mayores detalles sobre el secreto que se esconde en el legado del padre, no tanto por el temor a manchar su nombre, sino porque desea mostrar el desafío que supone enfrentar el sentido de una herencia y la importancia de preservar alguna zona oscura para seguir ocupándose de ella. Como ya observé, heredar implica asumir la responsabilidad de un llamado de la especie que se impone como una deuda en la memoria:

La pregunta por la herencia y por los modos de apropiación de un legado supone interrogarse sobre lo que nos antecede y recibimos

sin elegir. Como un llamado, un mandato, una voz que clama ser respondida, una marca inscrita en la lengua y en la sangre, la herencia exige hacerse cargo de lo que en ella hace ruido: esa zona defectuosa donde el patrimonio se resiste a la inversión y pide ser intervenido e interferido. (Saraceni, 2012: 13).

Hablar de herencia implica dar cuenta de los modos de recibirla y leerla, de responder por ella a pesar del asesinato del padre. Ante este hecho violento, el hijo elige escribir sobre él y sobre el aprendizaje recibido como una forma de reconocimiento de los efectos que ese legado le otorga:

Nunca me he sentido bueno, pero sí me he dado cuenta de que muchas veces, gracias a la benéfica influencia de mi papá, he podido ser un malo que no ejerce, un cobarde que se sobrepone con esfuerzo a su cobardía y un avaro que domina su avaricia. Y lo que es más importante, si hay algo de felicidad en mi vida, si tengo alguna madurez, si casi siempre me comporto de una manera decente y más o menos normal, si no soy un antisocial y he soportado atentados y penas y todavía sigo siendo pacífico, creo que fue simplemente porque mi papá me quiso tal como era, un atado amorfo de sentimientos buenos y malos, y me mostró el camino para sacar de esa mala índole humana que quizás todos compartimos, la mejor parte. Y aunque muchas veces no lo consiga, es por el recuerdo de él que casi siempre intento ser menos malo de lo que mis naturales inclinaciones me indican. (Abad Faciolince, 2006: 99-100).

La voz del padre permanece en el hijo como una guía que orienta sus pasos, encamina su destino y le proporciona los recursos morales suficientes para no sucumbir al riesgo de ser tomado por la irracionalidad, el deseo de venganza ante los hechos cometidos. Es decir, el temple del hijo es el resultado de la influencia y la admiración del padre cuya figura constituye un modelo de humanidad para el hijo que lo toma en cuenta en sus acciones cotidianas pero, sobre todo, para equilibrar las reacciones de rechazo de la violencia nacional. Un heredero atento en darle continuidad al legado paterno y en renovarlo sin que eso signifique repetición mimética de su dictado, sino intervención y puesta al día de sus contenidos y sentidos.

Al responder por el mandato, el hijo articula su propia subjetividad dentro de un proceso de identidad que le proporciona la familia, lo que le permite asumirse como un *nosotros* que escribe en nombre de su sangre. En palabras de Jacques Derrida:

El 'dentro de mí' y el 'dentro de nosotros' adquieren sentido y peso sólo porque conllevan la muerte y la memoria del otro; de otro que es mayor que ellos, mayor de lo que ellos o nosotros podemos soportar, llevar o comprender, pues luego lamentamos no ser más que 'memoria' 'en memoria' (1998: 44-45).

De esta manera, la memoria es el recurso por antonomasia para mantener vigente el recuerdo y sus zonas indiscifrables del pasado y luchar contra la amnesia a través de su escritura.

Apelar a la memoria implica asumir un rol activo y protagónico en relación con el legado; por eso la figura de un heredero que cuestiona, edita, tergiversa y, en cierta forma, traiciona lo recibido, resulta mucho más eficaz porque no aspira a la monumentalidad ni al relato total: "Si la vida es el original, el recuerdo es una copia del original y el apunte una copia del recuerdo. Pero ¿qué queda de la vida cuando uno no la recuerda ni la escribe? Nada..." (Abad Faciolince, 2006: 15). Para Abad Faciolince, la vida es también el gesto de escribirla.

De aquí que la memoria y la identidad se pueden pensar como efectos textuales y narrativos, construcciones discursivas sometidas al imperativo del saber y del poder o, en muchos casos, a contracorriente de estos, lo cual nos obliga a leerlos bajo tachadura, desde la sospecha de que la representación no siempre es capaz de narrar lo "real" de la experiencia y que en la resistencia al sentido y en la desarmadura de los significados se entrevén otras posibilidades de articular la memoria y de transmitir o interpretar una herencia (Saraceni, 2012).

La tachadura o sospecha forma parte de una posibilidad siempre abierta de narrar el recuerdo; en este sentido, las lagunas de la memoria funcionan como estímulo para seguir interrogando el pasado. En cierta forma la respuesta producida por el heredero se sabe limitada y precaria, estrictamente contingente ante la emergencia de asumir el mandato de conservar la memoria del deudo. Lo que realiza el heredero del relato es una

interpretación del legado recibido que revela la presencia de una intimidad de la casa, del espacio privado y su relación con la nación y el espacio público. La labor del padre como médico que era fue la de contrarrestar la enfermedad de la sociedad colombiana y mejorar las condiciones de las comunidades más empobrecidas:

Yo no recuerdo, pero mis hermanas mayores sí, que a veces las llevaba también al Hospital San Vicente de Paúl. Maryluz, la mayor, se acuerda muy bien de una vez que la llevó al Hospital Infantil y la hizo recorrer los pabellones, visitando uno tras otro a los niños enfermos. Parecía un loco, un exaltado, cuenta mi hermana, pues ante casi todos los pacientes se detenía y preguntaba: “¿Qué tiene este niño?” Y él mismo se contestaba: “Hambre.” “¿Qué tiene este niño? Lo mismo: hambre.” “¿Y este otro? Nada: hambre. ¡Todos estos niños lo único que tienen es hambre, y bastaría un huevo y un vaso de leche diarios para que no estuvieran aquí. Pero ni eso somos capaces de darles: un huevo y un vaso de leche! ¡Ni eso, ni eso! ¡Es el colmo!”. (Abad Faciolince, 2006: 47-48).

El saber del padre, tanto en calidad de médico como de profesor, define los contenidos del legado al que el hijo decide responder para resaltarlo como sujeto que siempre trabajó en beneficio del saneamiento del país, no solo en el área de medicina, a través de campañas de salud pública de las comunidades de Antioquia, sino también a través de una “cura” simbólica de la nación centrada en la identificación de los males que aquejan su cuerpo para luego aplicar medidas capaces de erradicar las consecuencias del deterioro producido por la desigualdad, la exclusión, la pobreza y la violencia política:

Soñaba con que hubiera un nuevo tipo de médico, un *poliatra*, decía él, el sanador de la polis, y quería dar el ejemplo de cómo debía comportarse ese nuevo médico de la sociedad, que no se ocuparía de atacar y curar la enfermedad, caso por caso, sino de intervenir en sus causas más profundas y lejanas. Por eso antes, en su cátedra de medicina preventiva y salud pública, se había salido cada vez más de las aulas y le gustaba llevar a sus estudiantes a que miraran la ciudad entera: los barrios populares, las veredas, el acueducto, el matadero,

las cárceles, las clínicas de los ricos, los hospitales de los pobres, y también el campo, los latifundios, los minifundios y las condiciones en que vivían los campesinos en los pueblos y en las zonas rurales (Abad Faciolince, 2006: 202-203).

El hijo evoca la figura pública del padre con la misma admiración con la que lo evoca en su ser y hacer privado; de esta forma demuestra que no existe diferencia entre un plano y otro, en el exterior y en el íntimo, sino que son complementarios y que el ciudadano y el padre le otorgan una lección afectiva y moral por la que es necesario responder. Héctor Abad Gómez es la viva representación de una apuesta a la esperanza, al porvenir y, a su vez, a la honradez que puede practicarse en las instituciones. Hablar en nombre del padre, evocar su memoria y los afectos íntimos, es la propuesta alternativa usada por el heredero para impugnar la violencia ejercida desde el Estado en su afán por pretender imponer una lectura única del pasado y la historia de Colombia.

Al relacionar la tendencia actual en la literatura latinoamericana de unir experiencia y sujeto, Beatriz Sarlo (2007: 27) comenta:

A los combates por la historia también se los llama ahora combates por la identidad. En esta permutación del vocabulario se refleja la primacía de lo subjetivo y el rol que se le atribuye en la esfera pública. Sujeto y experiencia han vuelto y, por consiguiente, deben examinarse sus atributos y sus pretensiones una vez más. En la inscripción de la experiencia se reconoce una verdad (¿originada en el sujeto?) y una fidelidad a lo sucedido (¿sostenida por un nuevo realismo?).

Aunque Sarlo mantiene una distancia prudente con lo que ella misma denomina “el giro subjetivo”, aun así es importante resaltar la importancia que ha tenido la incorporación de la experiencia, el testimonio y formatos de registro que, en cierta forma, cuestionan y a veces contrarrestan el tradicional documento histórico. En este sentido, el relato de Abad Faciolince proporciona varios ejemplos de la relación entre la familia y la casa en la cual fue criado el autor y la historia nacional. Una de las instancias de poder frecuentemente criticada es la Iglesia. El catolicismo ejercido en el hogar y la escuela tienen su contrapeso en las enseñanzas del padre; los momentos más importantes e íntimos estaban reservados a las lecciones

dictadas en el estudio o biblioteca, una morada del recuerdo a la que el narrador acude con el objetivo de hallar en los libros de su progenitor, sus cartas, artículos y demás documentos personales, respuestas a sus dudas:

Cuando mi papá llegaba de su trabajo en la Universidad, podía venir de dos maneras: de mal genio, o de buen genio. Si llegaba de buen genio —lo cual ocurría casi siempre pues era una persona casi siempre feliz— desde que entraba se oían sus maravillosas, estruendosas carcajadas, como campanas de risa y alegría [...] Si en cambio llegaba de mal genio, entraba en silencio y se encerraba furtivamente en la biblioteca, ponía música clásica a todo volumen y se sentaba a leer en su sillón reclinable, con la puerta cerrada con seguro. Al cabo de una o dos horas de misteriosa alquimia (la biblioteca era el cuarto de las transformaciones), ese papá que había llegado malencarado, gris, oscuro, volvía a salir radiante, feliz (Abad Faciolince, 2006: 124).

En ese gesto de fijar una memoria a través de la oralidad, se evidencia la urgencia por dejar testimonio sobre los delitos que fundan la nación y sobre la herencia que debe salvaguardarse: "...Uso su misma arma: las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. Para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo" (p. 255).

En la literatura, así como en otras áreas de producción simbólica, las figuras tutelares sirven de representación o fábula de las manifestaciones del poder. Sin embargo, en *El olvido que seremos* la imagen del padre contrasta significativamente con las representaciones de los progenitores conflictivos y coaccionadores al hacer de su recuerdo una articulación contestataria y alternativa a lo hegemónico que abre otras interpretaciones de la nación:

Estudiar la nación a través de su narrativa no implica centrar la atención meramente en el lenguaje y su retórica; también apunta a modificar el objeto conceptual mismo. Si el cierre de la textualidad es problemático por cuanto cuestiona la "totalización" de la cultura nacional, entonces su valor positivo reside en que pone de manifiesto la amplia diversidad a través de la cual construimos el campo de significados y símbolos que se vinculan con la vida nacional. (Bhabha, 2010: 13-14).

La sospecha por el gesto de pensar lo nacional en términos totalizantes y de unidad junto con el dolor que implica recordar el asesinato del padre convierte el relato del hijo en una representación del quiebre de la sociedad colombiana y la imposibilidad de retornar a la idea de un proyecto unitario de nación. No obstante, ante ese desmembramiento, queda una posibilidad de hallar en la intimidad de la casa una línea de fuga que permita recuperar el amparo que otorga aquello que se piensa perdido pero que está *salvado* gracias al afecto constitutivo de la relación del hijo con el padre. Esa ley del padre se funda en la importancia de la justicia para encarar de modo responsable la vida y la ciudadanía:

En lo que era más radical era en la búsqueda de una sociedad más justa, menos infame que la clasista y discriminadora sociedad colombiana. No predicaba una revolución violenta, pero sí un cambio radical en las prioridades del Estado, con la advertencia de que si no les daba a todos los ciudadanos al menos la igualdad de oportunidades, además de condiciones mínimas de subsistencia digna, y cuanto antes, durante mucho más tiempo habríamos de sufrir violencia, delincuencia, surgimiento de bandas armadas y de furibundos grupos guerrilleros. (Abad Faciolince, 2006: 216).

El narrador enfrenta el monstruo de la violencia a través del recuerdo del padre; más precisamente, la memoria del padre es un arma para enfrentar y reescribir su asesinato como uno de los tantos síntomas de la guerra política y social de la nación:

En ese momento no puedo llorar. Siento una tristeza seca, sin lágrimas. Una tristeza completa, pero anonadada, incrédula. Ahora que lo escribo soy capaz de llorar, pero en ese momento me invadía una sensación de estupor. Un asombro casi sereno ante el tamaño de la maldad, una rabia sin rabia, un llanto sin lágrimas, un dolor interior que no parece conmovido sino paralizado, una quieta inquietud. Trato de pensar, trato de entender. Contra los asesinos, me lo prometo, toda mi vida, voy a mantener la calma. Estoy a punto de derrumbarme, pero no me voy a dejar derrumbar. ¡Hijueputas!, grito, es lo único que grito, ¡hijueputas! Y todavía por dentro, todos los días, les grito lo

mismo, lo que son, lo que fueron, lo que siguen siendo si están vivos: ¡Hijueputas! (p. 245).

La palabra es insuficiente para expresar la intensidad del suceso y el exceso de realidad que significó esa muerte. El insulto, ese “¡hijueputa!”, implica un desgarramiento, una actitud de impotencia ante la frustración producida por el asesinato; ante el dolor de ver el cuerpo yerto de Héctor Abad Gómez no hay cabida en ninguna lengua porque ninguna cuenta con los recursos para representar la magnitud del acontecimiento.

Fueron cientos los asesinados por la violencia política en Colombia, sin contar con el desplazamiento de miles de personas que se vieron en la necesidad de optar por el exilio como garantía de supervivencia. La década de los ochenta fue particularmente exacerbada; el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) impulsó una política de diálogo con los grupos guerrilleros, logró un acuerdo con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1984; también el Movimiento 19 de Abril (M-19) decidió firmar un armisticio y apostar por una visibilidad política a través de una organización partidista.

Las iniciativas de pacificación de Betancur fueron contrarias a la de los altos miembros de la sociedad colombiana; las respuestas del paramilitarismo, mejor conocidas como Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), no se hicieron esperar y los asesinatos de figuras de la Unión Patriótica (UP), brazo político de las FARC, eran moneda de uso común, sumado a las acciones de los carteles del narcotráfico (Martín, 2010: 215-218). El cuadro de complejidades en torno a la situación del país se fue agravando cada vez más y el uso del sicariato o muerte por encargo formó parte de las medidas implementadas por los grupos reaccionarios para aplacar la disidencia, la crítica y la denuncia a la manifiesta violación de los derechos humanos.

El panorama no era esperanzador; sin embargo, el grueso de la población deseaba concretar un estado de paz a través de la recuperación de la institucionalidad democrática. Al respecto, Laura Restrepo, en calidad de periodista y miembro de la mesa de negociación de paz durante este período, comenta en el libro de crónicas *Historia de un entusiasmo* (2005: 60):

Hacia finales del año 83, 16 familias campesinas abandonaron sus parcelas en la vereda de La Pizarra, municipio de Puerto Boyacá, en el Magdalena Medio, y llegaron a Bogotá a pedir ayuda. Se instalaron en los

sofás imitación cuero de una sala oscura del edificio de la Procuraduría, los adultos callados y los niños inmóviles, y se dispusieron a esperar horas, o días, o semanas, a quien los escuchara.

Para seguir con el análisis de Restrepo, esta, además de los éxodos, señala que la violencia en Colombia desató una ola de asesinatos, secuestros y desapariciones que no reparaban en estrato social, económico o político (p. 226). Inclusive los miembros de la iglesia católica vieron caer dentro de sus filas a sacerdotes y demás religiosos que, conscientes del deterioro generalizado, trabajaban de la mano con las comunidades más empobrecidas (p. 365).

Cuando los colombianos se dieron cuenta del estado de violencia y desarticulación que habían alcanzado, ya era tarde para emprender acciones conjuntas que revirtieran los efectos que esta había dejado:

Se habían acabado los días de la paz y habían empezado los días de la guerra. Al principio la gente no notó el cambio, sorprendida más bien al descubrir cuánto se parecían los unos a los otros. Lentamente nos fuimos dando cuenta. (Abad Faciolince, 2006: 385).

La novela de Abad Faciolince se inscribe en este capítulo de la historia de Colombia para mostrar, desde el ámbito de lo privado, hasta dónde la violencia interrumpe los vínculos afectivos.

La herencia que el hijo recibe del padre le permite, a pesar de la muerte, darle continuidad a su genealogía. En efecto, los años de infancia descritos por el narrador, dan testimonio de plenitud y felicidad en el hogar, una alegría cercenada de forma abrupta por la enfermedad de Marta Cecilia, la cuarta hermana del escritor —la portada de la novela presenta una fotografía donde aparece retratada y con un violín en la mano—, a la que le diagnostican un cáncer en la piel. Su pérdida partió en dos la historia de la familia (p. 150).

La enfermedad y la violencia interrumpen los lazos de sangre y arrojan al narrador a un duelo que solo la escritura logra atenuar:

Hay períodos de la vida en los que la tristeza se concentra, como de una flor se dice que sacamos su esencia, para hacer perfume, o de un vino su espíritu, para sacar el alcohol. Así a veces en nuestra existencia

el sufrimiento se decanta hasta volverse devastador; insoportable. Y así fue la muerte de mi hermana Marta, que dejó destrozada a mi familia, tal vez para siempre. (p. 160).

Dos muertes, la de la hermana y la del padre, que eclipsan la familia. La primera por una enfermedad, la segunda por un asesinato en manos de unos sicarios. Ambos decesos constituyen un legado de dolor y sufrimiento vinculado inexorablemente a la nación y a su deterioro y corrupción.

Héctor Abad Faciolince reconoce su incapacidad para asumir el mandato del padre y justo por esa dificultad se siente obligado a cumplirlo a pesar de la dificultad que toda deuda tiene de ser saldada. La imagen de un padre defensor de la justicia, al servicio del otro y del país, representa un ejemplo para el hijo que, en su nombre y de sus ideales, lucha y no se resigna a pesar del estado deplorable del país:

Las ciudades y los campos de Colombia se cubrían cada vez más con la sangre de la peor de las enfermedades padecidas por el hombre: la violencia. Y como los médicos de antes, que contraían la peste bubónica, o el cólera, en su desesperado esfuerzo por combatirlas, así mismo cayó Héctor Abad Gómez, víctima de la peor epidemia, de la peste más aniquiladora que puede padecer una nación: el conflicto armado entre distintos grupos políticos, la delincuencia desquiciada, las explosiones terroristas, los ajustes de cuentas entre mafiosos y narcotraficantes. (p. 205).

El hijo saca el cuerpo muerto del padre de la casa y lo vuelve público y político en el sentido que lo vuelve el cuerpo muerto de la nación colombiana.

Mario Barbosa, en un ensayo titulado "Justificaciones de la violencia política y la 'guerra contra el terrorismo'", expone el corolario de las acciones bélicas durante esa época; dice:

La presencia de nuevos actores (paramilitares, narcotraficantes), así como las relaciones establecidas entre el narcotráfico y los grupos de derecha y las guerrillas, hicieron más difuso y complejo el fenómeno de la violencia política y el conflicto armado. A las acciones armadas de las guerrillas y a la confrontación entre bandas delinuenciales ligadas

al narcotráfico, se sumó un recrudecimiento de la “guerra sucia” con la aparición de los grupos paramilitares que, además de asesinar a líderes de comunidades y organizaciones sociales, dieron continuidad a la persecución de simpatizantes de movimientos políticos, grupos armados de izquierda o residentes en sus zonas de influencia. Vínculos evidentes entre los paramilitares, el Ejército y el narcotráfico hicieron más oscuro el panorama y fueron una causa importante para el aumento de las cifras de violencia política. (2009: 175).

El hijo logra este gesto a través de la escritura que inscribe la historia contemporánea de Colombia en el cuerpo asesinado del padre. Es la forma que utiliza para otorgar sentido a la pérdida de la figura tutelar, además de ser una garantía de postergar su recuerdo en un país propenso al olvido y a no ser responsable del pasado trágico que los configura:

Han pasado casi veinte años desde que lo mataron, y durante estos veinte años, cada mes, cada semana, yo he sentido que tenía el deber ineludible, no digo de vengar su muerte, pero sí, al menos, de contarla. No puedo decir que su fantasma se me haya aparecido por las noches, como el fantasma del padre de Hamlet, a pedirme que venga *su monstruoso y terrible asesinato*. Mi papá siempre nos enseñó a evitar la venganza. Las pocas veces que he soñado con él, en esas fantasmales imágenes de la memoria y de la fantasía que se nos aparecen mientras dormimos, nuestras conversaciones han sido más plácidas que angustiadas, y en todo caso llenas de ese cariño físico que siempre nos tuvimos. No hemos soñado el uno con el otro para pedir venganza, sino para abrazarnos. (Abad Faciolince, 2006: 254).

En contraste a la descripción anterior, el heredero reconstruye los años de infancia junto a su padre como muestra fidedigna de un espacio salvable, recuperable:

Fueron años de dicha, digo, pero la felicidad está hecha de una sustancia tan liviana que fácilmente se disuelve en el recuerdo, y si regresa a la memoria lo hace con un sentimiento empalagoso que la contamina y que siempre he rechazado por inútil, por dulzón y en últimas por dañino para vivir el presente: la nostalgia. Aunque del mismo modo

hay que señalar que las tragedias posteriores no deben empañar ese recuerdo feliz, ni lo pueden teñir de desgracia, como a veces les pasa a algunos temperamentos que se enferman de resentimiento con el mundo, y que a raíz de episodios posteriores injustos o muy tristes, borran del pasado incluso los indudables períodos de alegría y plenitud. Creo que lo que pasó después no puede contaminar de amargura esos años felices. (p. 128).

Ese espacio residual alienta al escritor a seguir los pasos de su progenitor. De hecho, es en la escritura y el recuerdo de la figura tutelar donde es posible restituir simbólicamente el quiebre de una nación. Es en el vínculo paterno donde Abad Faciolince halla un modo para contrarrestar la debacle de la nación y el afecto se vuelve entonces estado político para cambiar y buscar soluciones.

El olvido que seremos es un relato familiar que funge como metáfora política del conflicto colombiano. Es decir, la novela es una suerte de artefacto cultural que produce actos socialmente simbólicos de redención nacional. La muerte del padre vendría a capitalizar el dolor de un pueblo herido por la violencia política sistemática. Una muerte que brinda una solución simbólica, una muerte que genera la empatía colectiva por una época que marcó a toda una nación y donde cada familia debió pagar una cuota de sacrificio.

Dice Fredric Jameson (1989: 18): “La afirmación de que existe un inconsciente político propone que emprendamos precisamente tal análisis final y exploremos los múltiples caminos que llevan al desenmascaramiento de los artefactos culturales como actos socialmente simbólicos”. Es decir, que el arte y la literatura producen mecanismos de representación capaces de mediar los conflictos coyunturales de una sociedad. En este caso, el relato pone en escena la atomización del pueblo colombiano centrando en la muerte del padre la posibilidad de recomponer la nación, sin recurrir a la venganza, el resentimiento ni optar por el exilio.

El hogar es el punto de partida desde donde el heredero-narrador emprende el camino de una posible reconciliación con el país a partir del modelo paterno que tiene un efecto póstumo en sus acciones:

... Cuando tengo que juzgar algo que hice o algo que voy a hacer, trato de imaginarme la opinión que tendría mi papá sobre ese asunto. Muchos dilemas morales los he resuelto simplemente apelando a la memoria de su actitud vital, de su ejemplo, y de sus frases. (Abad Faciolince, 2006: 25).

La del hijo y el padre es una relación pródiga en amor y cariño que además cuestiona ciertos mandamientos de la cultura paisa, dando lugar a una afectividad que se vive de modo espontáneo y directo y que amenaza la rigidez de ciertos modos de socialización del país: “Un saludo entre machos, padre e hijo, tenía que ser distante, bronco y sin afecto aparente” (p. 23); “... La expresión del afecto entre hombres entraba en el terreno de la cursilería o de la maricada, y sólo estaban permitidas las grandes palmadas y los madrazos, como la mayor muestra de cariño...” (p. 34). El relato acude permanentemente al recuerdo de imágenes como las anteriores para mostrar la intimidad y el afecto como alternativa al relato de comunidad nacional y así llevar el mandato paterno por otro derrotero.

El acto de rememorar los años vividos junto al progenitor es similar a una tabla de salvación en medio del naufragio colombiano; los recuerdos suturan el vórtice dejado por la violencia política entre la sociedad y el sujeto-escritor:

Si recordar es pasar otra vez por el corazón, siempre lo he recordado [...] La herida está ahí, en el sitio por el que pasan los recuerdos, pero más que una herida es ya una cicatriz. Creo que finalmente he sido capaz de escribir lo que sé de mi papá sin un exceso de sentimentalismo, que es siempre un riesgo grande en la escritura de este tipo. Su caso no es único, y quizá no sea el más triste. Hay miles y miles de padres asesinados en este país tan fértil para la muerte. Pero es un caso especial, sin duda, y para mí el más triste. Además reúne y resume muchísimas de las muertes injustas que hemos padecido aquí. (pp. 255-256).

Al rescatar del olvido la figura del padre, el hijo pone a circular eventos familiares de una significación más amplia, a partir de su vinculación con una cartografía nacional que supone una politización de la memoria.

Como apunta Nelly Richard (2007: 197):

El recuerdo histórico no es una reserva estática de significaciones definitivamente consignadas en los archivos del tiempo. La actividad de la memoria surge del deshacer y rehacer de los procesos de evocación y narración del pasado a los que nos convocan las solicitudes políticas y comunicativas de un presente curioso, o bien disconforme.

Para el narrador de *El olvido que seremos* la memoria personal es rentable en la medida en que puede capitalizar el odio de una sociedad desestructurada, es decir, en la medida en que se sale a la plaza pública y se hace cargo del dolor colectivo. El relato es similar a un memorial de agravios utilizado con el objetivo de volver productiva y útil la muerte del padre.

Como he observado hasta ahora, no es difícil identificar esta voluntad dado que la mayoría de las remembranzas del hijo apuntan a trazar un mapa de acontecimientos públicos:

Yo sentía como si en mi propia familia se viniera librando una guerra parecida entre dos concepciones de la vida, entre un furibundo Dios agonizante a quien seguía venerando con terror; y una benévola razón naciente. O, mejor, entre los escépticos a quienes se amenazaba con el fuego del Infierno, y los creyentes que decían ser los defensores del bien, pero que actuaban y pensaban con una furia no pocas veces malévolas. Esta guerra sorda de convicciones viejas y convicciones nuevas, esta lucha entre el humanismo y la divinidad, venía de más atrás, tanto en la familia de mi mamá como en la de mi papá. (Abad Faciolince, 2006: 69).

La narración se enuncia con tono de denuncia y recriminación de un país fundado en el poder de la familia, la iglesia y el Estado como valores intrínsecamente vinculados, una suerte de triángulo que posibilita la continuidad y la hegemonía de una nación. Aun así, el autor no abandona a Colombia porque para él es imperativo reconocer el vínculo cultural y afectivo con su país natal.

El gesto escriturario es una defensa contra la agresión que sufre la nación. El narrador utiliza la escritura para intervenir y administrar su herencia, el texto configura un espacio o zona en medio del torbellino de

violencia que ha signado a Colombia, el hogar es el lugar de enunciación política y única trinchera para salvaguardar el recuerdo de su familia. Sin embargo, no la concibe como una totalidad sin fisuras, sino, por el contrario como un espacio donde el vínculo sanguíneo establece relaciones afectivas que no están a salvo de fracturas, desvíos y confrontaciones. Es decir, la familia para el narrador no es una institución hegemónica segura y estable, imperturbable y monumental sino un cuerpo vivo que es el reflejo de las complejidades humanas, de sus certezas, cambios y contradicciones.

Como observa Saraceni:

Si la genealogía es un movimiento errático e impredecible atravesado por líneas de fuga que zanján toda idea de progresión temporal; si el origen y el pasado son el resultado del encuentro entre lo que sobrevive del pasado y las condiciones presentes de su hallazgo, entonces también el saber que se obtiene *escribiendo hacia atrás* es un saber de la precariedad y de la falta, de la interrupción y la incompletitud; un saber-haber inapropiable que se obtiene en el momento mismo en que se asume su imposibilidad o su falta. De aquí que el heredero que (re)escribe su pasado adquiere una herencia “inoperante” y precaria, la herencia de lo que siempre está por-venir porque nunca estuvo y nunca estará, la herencia como una forma de interpelación que reclama una lectura del secreto que atraviesa toda genealogía y que interpela al heredero para poner a prueba su capacidad hermenéutica, su disposición a asumir la responsabilidad que el mandato reclama. (2008: 32).

Esa responsabilidad del heredero consiste en articular, como si fuese una bisagra, el pasado y el presente de la familia para afirmar la identidad. Parece que el saber de ese pasado es tan incierto como el conocimiento del porvenir, un saber contingente que parte de la premura del sujeto-escritor que se ve impelido a recuperar lo que pueda de la memoria del padre, así sea traicionando por la inexactitud en la reconstrucción de los hechos:

La cronología de la infancia no está hecha de líneas sino de sobresaltos. La memoria es un espejo opaco y vuelto añicos, o, mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigadas sobre una playa de olvidos. Sé que pasaron muchas cosas durante aquellos años,

pero intentar recordarlas es tan desesperante como intentar recordar un sueño, un sueño que nos ha dejado una sensación, pero ninguna imagen, una historia sin historia, vacía, de la que queda solamente un vago estado de ánimo. Las imágenes se han perdido. Los años, las palabras, los juegos, las caricias se han borrado, y sin embargo, de repente, repasando el pasado, algo vuelve a iluminarse en la oscura región del olvido. Casi siempre está la cara de mi papá, pegada a la mía como la sombra que arrastramos o que nos arrastra. (Abad Faciolince, 2006: 137).

El recuerdo es precario y su movimiento intermitente, aparece y desaparece sin avisar, toma por sorpresa al sujeto e ilumina aquello que a veces puede resultar fútil, inoperante y escaso. La memoria recupera pasajes menores del ayer que forman parte de la fabulación realizada a través del acto de recordar. Lo único recurrente de esta memoria discontinua es el recuerdo del rostro del padre que le habla en tono afectivo, cercano, próximo al suyo. Ese rostro es la viva imagen del recuerdo así como se le presenta al heredero y opera desde el afecto como garantía de continuidad y como evidencia del amor y la lealtad. Ser fiel a esa sombra, a esa ráfaga que se vislumbra apenas, es el gesto del hijo, lo demás forma parte de una narración que interviene e interfiere lo sucedido y forma parte del instrumental usado por el heredero para responder al mandato.

Al poner a circular la memoria del padre y el recuerdo personal se produce un capital simbólico que impugna las instituciones hegemónicas. El resultado es el dibujo de un mapa de opciones donde se articulan el afecto y la política para hacer de la nación un lugar salvable. El relato describe instituciones que operan en una tradición, pero el análisis que hace de ellas es realmente complejo y actúa como factor embrionario de nuevas prácticas formativas a través de la literatura (Williams, 1997: 150-158).

En este relato, entonces, propongo las acciones del pasado de la familia de Abad Faciolince y el asesinato de su padre como una estrategia para postergar el olvido y, al mismo tiempo, el uso de la memoria personal para intervenir el daño de la nación colombiana:

Este libro es el intento de dejar un testimonio de ese dolor, un testimonio al mismo tiempo inútil y necesario. Inútil porque el tiempo

no se devuelve ni los hechos se modifican, pero necesario al menos para mí, porque mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora. (Abad Faciolince, 2006: 232).

El pasado adquiere sentido en la medida que anticipa su propia fragilidad de ser olvidado en un presente cada vez más ávido de memoria, un presente que demanda respuestas al pretérito, un presente que requiere un presente vivo de pasado.

El olvido que seremos es una biografía que borra la división entre el recuerdo individual y el colectivo, cruza el margen de la historia monumental, asumida como patrimonio, y la memoria subjetiva para mostrar el carácter disyuntivo de esta última. El recuerdo personal funge como instrumento capaz de cuestionar la ilusión de un Estado moderno inquebrantable y su arrogancia racionalista, y el afecto, tanto en su acepción emotiva como violenta, se vuelve un capital productor de nuevos significados políticos.

Al respecto, Bhabha afirma:

La nación ya no es el signo de la modernidad bajo el cual las diferencias cobran homogeneidad en la visión 'horizontal' de la sociedad. La nación revela, en su representación ambivalente y vacilante, la etnografía de su propia historicidad, y abre la posibilidad de otras narrativas del pueblo y su diferencia. (2010: 397).

Toda escritura es un intento de evitar la inminencia del olvido. Esa parece ser la premisa del autor, representada en *El olvido que seremos*. Hay un llamado del padre hacia el hijo que implica la restitución del amor, del afecto, por encima de la violencia política. Para vencer la violencia hay que recuperar el afecto.

Esa es la manera del narrador de responder al legado y preservarlo. Abad Faciolince apela a la memoria del padre —¿o la suya?— como una manera de saldar la deuda y también de preservarla del olvido, o por lo menos connotar la carga afectiva que la origina. Hablar en nombre del padre es hablar de una ausencia que se sabe perdida, pero no por eso improductiva e ineficaz.

El olvido que seremos es un intento más por recuperar el sentido de los acontecimientos que hicieron mella en la sociedad colombiana corrompida y afectada por el poder de la violencia, la guerrilla, el paramilitarismo y el narcotráfico. A la vez, puede leerse como un ejercicio personal del autor para honrar y preservar el recuerdo, su recuerdo, de Héctor Abad Gómez. Ambos objetivos no están del todo descartados. Aun así, la mayor frustración del autor, en ese gesto de recordar, lo constituye la imposibilidad de ser leído por el hombre que inspiró su escritura, y en nombre del que escribe.

REFERENCIAS

- Abad Faciolince, H. (2006). *El olvido que seremos*. Caracas: Planeta.
- Barbosa, M. (2009). Justificaciones de la violencia política y la “guerra contra el terrorismo”. En M. Barbosa y Z. Yébenes (comps.), *Silencios, discursos y miradas sobre la violencia* (pp. 169-200). Madrid: Anthropos.
- Bhabha, H. (comp.). (2010). *Nación y narración*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. (Obra original publicada en 1990 con el título de *Nation and narration*).
- Castillo Zapata, R. (2010). *La espiral incesante*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- Derrida, J. (1998). *Memorias para Paul de Man*. Madrid: Gedisa.
- Jameson, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Madrid: Visor.
- Martín, A. (2010). *La violencia en Colombia*. Caracas: El Nacional.
- Restrepo, L. (2005). *Historia de un entusiasmo*. Bogotá: Aguilar.
- Richard, N. (2007). *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Saraceni, G. (2008). *Escribir hacia atrás: Herencia, lengua, memoria*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- Saraceni, G. (2012). *La soberanía del defecto. Legado y pertenencia en la literatura latinoamericana contemporánea*. Caracas: Equinoccio.
- Sarlo, B. (2007). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.

ANDRÉS PÉREZ SEPÚLVEDA

Es Licenciado en Historia por la Universidad Central de Venezuela (UCV) y Magíster en Literatura Latinoamericana por la Universidad Simón Bolívar (USB). Actualmente desempeña la docencia y la investigación en la Universidad Simón Bolívar, Departamento de Lengua y Literatura. Las áreas de interés en sus más recientes investigaciones abordan la problemática del pasado nacional y la articulación con los procesos de memoria familiar e individual, así como la relación entre la historia, la literatura y el cine latinoamericanos.